

LA LINGÜÍSTICA ANTROPOLÓGICA en México



La lingüística tiene como objeto de estudio el lenguaje fonética y gramaticalmente articulado, ese complejo sistema de expresión que usualmente denominamos “lengua” o “idioma”, facultad característica –acaso exclusiva– del ser humano.

Ignacio Guzmán Betancourt

INTRODUCCIÓN

La lingüística es la ciencia que tiene por objeto el estudio del lenguaje humano, fonética y gramaticalmente articulado. Al especificar esto justificamos que se excluya de esta ciencia el estudio de otros “lenguajes”, es decir de otros sistemas de comunicación que las distintas culturas han desarrollado con diversos medios y finalidades (por ejemplo, señales náuticas, telegráficas, de radio, de tránsito, etcétera). Muy a menudo se habla también del “lenguaje” que se desprende de ciertos objetos y actividades humanas: de la pintura, del abanico, de las flores, de la música, de la moda, del cuerpo, etcétera. Todos estos medios de expresión, así como las formas de comunicación que se han detectado entre ciertos animales (abejas, hormigas, delfines, elefantes) quedan fuera del dominio de la lin-

güística. Una ciencia más general, la semiótica o semiología, tiene por objeto el estudio de toda clase de signos producidos por el hombre; la biología y la zoología, a su vez, se han ocupado de los llamados “lenguajes animales”.

El lenguaje humano fonética y gramaticalmente articulado (es decir, expresado por medio de sonidos y que sigue ciertas reglas de construcción) es tal vez la facultad más característica –y acaso exclusiva– del ser humano, y se realiza en lo que usual y tradicionalmente se han denominado “lenguas” o “idiomas”. Éstos son un complejo sistema constituido por un conjunto ilimitado de actos de habla (formados, a su vez, por palabras, frases, oraciones, y que se congregan en discursos y textos), comunes a cierto número de individuos que integran así una *comunidad lingüística* o de habla (por ejemplo, la comunidad lingüística española –conjunto de individuos de cualquier nacionalidad que se sirve del idioma español para comunicarse entre sí–, distinta a las de habla inglesa, francesa, portuguesa, rusa, etcétera). El objeto propio de la lingüística es, entonces, el estudio del lenguaje humano en general (su génesis, naturaleza, adquisición, funcionamiento, suspensión en determinados casos,

y los cambios o transformaciones que experimenta a través del tiempo) y de su realización concreta en cada idioma. La lingüística también se ocupa de la representación gráfica de las lenguas, o sea la escritura, pero sólo en tanto que es reproducción del lenguaje oral.

Actualmente, la lingüística distingue tres componentes principales para el análisis de la estructura global de las lenguas: el fonológico, el gramatical (morfológico y sintáctico) y el semántico o estudio de los significados. En el primero, el especialista —o lingüista— analiza y describe en detalle los sonidos que encuentra en una lengua con miras a establecer su sistema fonológico; esto es, cuáles de esos sonidos forman el conjunto que tiene significado funcional: vocales y consonantes, así como ciertos rasgos que imprimen a unas y otras determinados matices (acento, tono, entonación, aspiración, glotalización, etcétera). Estos elementos, llamados técnicamente *fonemas* (*segmentales*, si se trata de vocales y consonantes; *suprasegmentales*, si se trata de tono, acento o entonación), representan la base “material” de cada lengua. El estudio del componente gramatical determina las unidades mínimas de contenido, es decir todos los elementos que intervienen en la formación de las palabras propiamente dichas: raíces de distintas clases (nominales, verbales) y afijos en general (prefijos, sufijos, infijos), así como las partes que, aunque poseen un valor gramatical determinado, carecen de significado cuando se les considera aisladamente: las partículas (como, por ejemplo, las preposiciones y conjunciones en español). Estas unidades reciben el nombre de *morfemas*; su aspecto sintáctico estudia las reglas de construcción de las expresiones, es decir las maneras como se enlazan los diferentes elementos gramaticales para formar palabras, frases y oraciones en un determinado idioma. Por último, el componente semántico determina el significado de los morfemas, así como lo que sucede con estos significados y cómo se crean otros nuevos cuando se combinan en palabras y éstas en expresiones. El lingüista puede abordar el análisis de cualquiera de los componentes señalados (o de todos a la vez, si su intención es la de ofrecer una descripción más o menos exhaustiva del idioma bajo estudio), adoptando alguno de dos posibles enfoques metodológicos: a) el sincrónico o estático, y b) el diacrónico, dinámico o histórico. Si sigue el primero, ana-



El componente semántico determina el significado de los morfemas

liza, describe y explica un sistema lingüístico tal como existe en un momento determinado; en cambio, si adopta el segundo se ocupa de las transformaciones experimentadas por ese sistema a través del tiempo. Uno y otro enfoques cuentan en la actualidad con numerosos practicantes en todas partes del mundo.

Al igual que en otros campos del conocimiento, en la lingüística actual se observa el surgimiento constante de especializaciones o subdisciplinas, cuyo origen se debe principalmente a la variedad y complejidad de los fenómenos de que trata, pero también a los diversos enfoques teóricos y metodológicos que se adoptan para el análisis. Debido a esto, es raro encontrar el término *lingüística* sin que vaya seguido o precedido de algún adjetivo, de acuerdo con los siguientes aspectos: a) según el enfoque predominante: lingüística general,

El estudio científico del lenguaje y de las lenguas data de las primeras décadas del siglo XIX

teórica, descriptiva, histórica, geográfica, matemática, antropológica, contrastiva, computacional, aplicada; *b*) según su colaboración con otras disciplinas: sociolingüística, etnolingüística, psicolingüística; *c*) según la lengua o grupo de lenguas que estudie: lingüística indoeuropea, románica, germánica, hispánica, náhuatl, mayance; *d*) según la concepción teórica que adopte: lingüística histórico-comparativa, estructural, funcional, generativa, transformacional, etcétera.

Muy a menudo, además, los lingüistas se ocupan del estudio de cuestiones relacionadas con la teoría gramatical, la filosofía del lenguaje, la teoría de la traducción, el desciframiento de escrituras antiguas o la historia de la lingüística. Esta proliferación de campos, enfoques, teorías y métodos es resultado del interés que suscita una cuestión tan ancestral como insuficientemente conocida: el lenguaje humano.

ANTECEDENTES GENERALES

El estudio científico del lenguaje y de las lenguas –en gran parte tal como lo conocemos hoy día– data de las primeras décadas del siglo XIX. Su desarrollo fue asombrosamente rápido y lleno de logros importantes. Hacia finales del mismo siglo estaban ya perfectamente definidos sus intereses y delineadas las principales direcciones y tendencias que predominarán en la lingüística del siglo XX. El surgimiento de esta ciencia fue resultado de la reflexión que desde muy antiguamente se había venido

haciendo sobre la naturaleza del lenguaje, así como de la tradición descriptivo-normativa de las lenguas, o sea la gramática. Tales antecedentes fueron ventajas incuestionables, pero también, en cierta forma, obstáculos para que la lingüística se erigiese como ciencia autónoma. En sus orígenes, se vio frenada por dos grandes obstáculos: uno, representado por la tradición de reflexiones sobre el lenguaje y las técnicas de descripción de las lenguas; otro, por las concepciones de los humanistas europeos desde finales del siglo XVIII, para quienes la lingüística era una más de las técnicas al servicio de la historia y de la filología, es decir un método auxiliar para explicar ciertos hechos relacionados principalmente con la historia de la cultura. El primer obstáculo fue el más difícil de superar, pues contaba con el prestigio de su antigüedad. El legado de estas tradiciones no fue sólo de aciertos, sino también de ideas, planteamientos, esquemas y modelos de análisis muchas veces erróneos o simplemente inadecuados. Fueron la filosofía, la lógica, la retórica y una ciencia gramatical sumamente rígida, las que monopolizaban todo el saber acerca del lenguaje y de las lenguas. Sin embargo, han sido muchos los sabios que desde tiempos remotos han emitido opiniones justas sobre estas materias: Aristóteles, Dionisio de Tracia, Marco Terencio Varrón, Marco Fabio Quintiliano, Dante Alighieri, Elio Antonio de Nebrija, Juan Luis Vivés, Francisco Sánchez de las Brozas y los religiosos que, desde principios del siglo XVI, emprendieron el estudio de los idiomas aborígenes de América y de otras partes del mundo.

ANTECEDENTES DE LA LINGÜÍSTICA ESPAÑOLA

Elio Antonio de Nebrija (1444-1522), cuyo verdadero nombre era Antonio Martínez de Cala, nació en Lebrija o Nebrija, pueblo de la provincia de Sevilla. Muy joven marchó a Italia a perfeccionarse en el estudio de las humanidades: historia, gramática, retórica y letras clásicas. A su regreso a España, tras diez años de estancia en Italia, ocupó diversos cargos en las universidades de Salamanca y de Alcalá, principalmente la cátedra de gramática latina.

Entre sus escritos lingüísticos destacan dos que le valieron gran notoriedad en su tiempo y posteriormente: las *Introductiones latinae* o *Introducciones latinas* (1481) y la *Gramática castellana* (1492). El primero es un breve compendio de gramática latina redactado en un estilo y con un método muy novedosos para su época, aunque en esencia parece estar inspirado en la obra *Elegantiae linguae latinae* (1444), del humanista italiano Lorenzo Valla (1407-1457). Como quiera que sea, dicho trata-

do contribuyó grandemente al restablecimiento en España de los estudios del latín, base indispensable para el conocimiento de los autores clásicos y de las humanidades y la ciencia en general. La *Gramática castellana* fue, a su vez, el primer tratado publicado en el que se codificaron los elementos gramaticales de un habla vulgar con propósitos descriptivos y normativos.

Antes de Nebrija, sólo Dante (1265-1321) había especulado acerca de revalorizar las hablas vernáculas, en un extenso ensayo escrito hacia 1305: *De vulgari eloquentia* (“Sobre la elocuencia vulgar”). Nebrija, por su parte, fue aún más lejos, pues no sólo se dio cuenta de la necesidad de elevar esas hablas populares a la categoría de lenguas de cultura, es decir, aptas para expresar, como las clásicas, todo tipo de saber, sino que llevó a la práctica el resultado de sus reflexiones. Las ideas de Nebrija pronto tuvieron efecto en los ambientes intelectuales de su época, al grado de que ellas mismas inauguraron una nueva tradición de enfoque y análisis de los hechos lingüísticos.

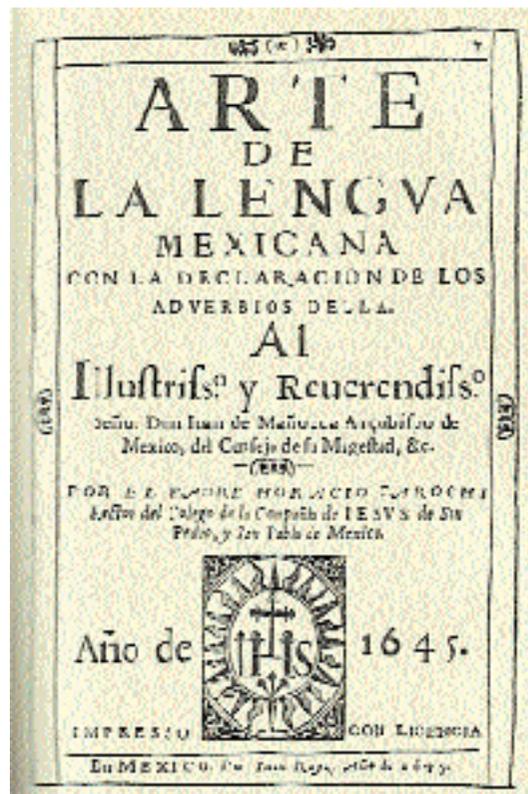
Pocos meses antes del descubrimiento de América, Nebrija presentó a la reina Isabel el manuscrito de su tratado gramatical del castellano en estos premonitorios términos:

El tercero provecho deste mi trabajo puede ser aquel que [...] después que Vuestra Alteza metiessa debaxo de su iugo muchos pueblos bárbaros i naciones de peregrinas lenguas, i con el vencimiento aquellos ternían [tendrían] necesidad de recibir las leies quel vencedor pone al vencido i con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi Arte podrían venir en el conocimiento della...

Nebrija, sin saberlo con certeza pero acaso intuyéndolo, preparó el terreno y abrió la brecha por donde habían de moverse, llegado el momento, quienes se enfrentarían a la realidad lingüística de todo un continente. El aparato teórico y metodológico estaba preparado para aproximarse a las innumerables “naciones de peregrinas lenguas”.

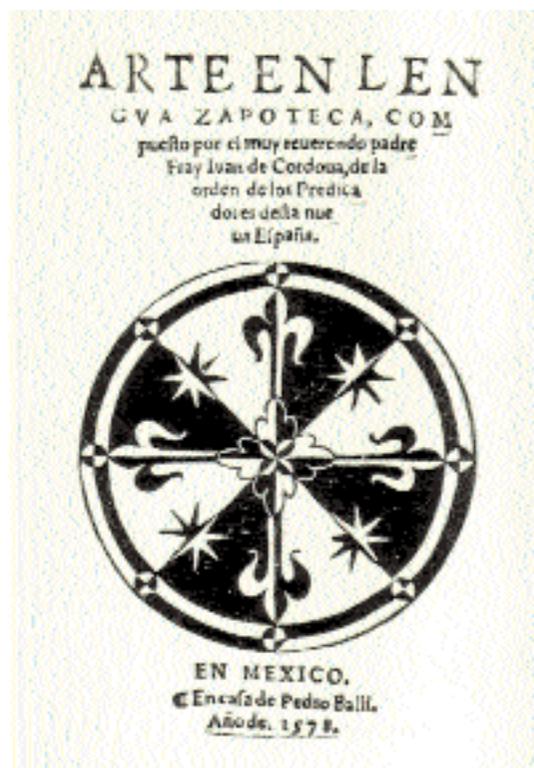
SURGIMIENTO DE LA LINGÜÍSTICA EN MÉXICO

Muy poco se sabe acerca de cuál era el pensamiento lingüístico de los indios que poblaban el actual territorio de la República Mexicana antes de la llegada de los españoles. Es muy probable que sí haya existido una tradición de reflexión acerca del lenguaje y de las lenguas (el uso mismo de una de éstas supone una reflexión sobre sus reglas y posibilidades lingüísticas), a juzgar por el avance cultural que en todos los órdenes lograron algunos grupos. Dos hechos apoyan esta presunción: la pluralidad de idiomas que se hablaban en el vasto territorio, lo cual seguramente motivaría observaciones sobre la diversidad del



Portada de *Arte en lengua mexicana*, del padre Horacio Carochi, 1645.

Sólo Dante (1265-1321) había especulado acerca de revalorizar las hablas vernáculas



Portada de *Arte en lengua zapoteca*, de fray Juan de Córdoba.

En el momento de la conquista se hablaban alrededor de 100 lenguas autóctonas tan sólo en el territorio que sería la Nueva España

conjunto y sobre la corrección, pureza, elegancia y eficacia de cada uno; y el conocimiento y práctica de la escritura —técnica de registro gráfico de la palabra— que ejercían los grupos más evolucionados. En este sentido, la condición básica para hacer posible la transcripción gráfica del lenguaje reside, primero, en el aislamiento concreto de cada idea o concepto bajo la forma de palabra individual y, enseguida, en un claro discernimiento de lo sistemático y funcional de la lengua.

Dentro de la tradición europea, el estudio de los idiomas aborígenes lo iniciaron en 1523 los tres primeros frailes franciscanos que llegaron a la recién denominada Nueva España: Pedro de Gante, Juan de Ayora y Juan de Tecto. La historia del surgimiento, desarrollo y práctica de los estudios lingüísticos en México comprende dos corrientes principales: una, la indigenista, consagrada a la descripción, análisis, gramatización y clasificación de las lenguas autóctonas; otra, la humanística, dedicada al estudio de idiomas no autóctonos, especialmente el español y el latín. En este artículo se reseña la lingüística de orientación indigenista (o antropológica), aunque para el periodo comprendido entre 1523 y 1850 se tratará del estudio de cuestiones relacionadas con el lenguaje y las lenguas que tuvo la cientificidad que le fue exigida en su tiempo.

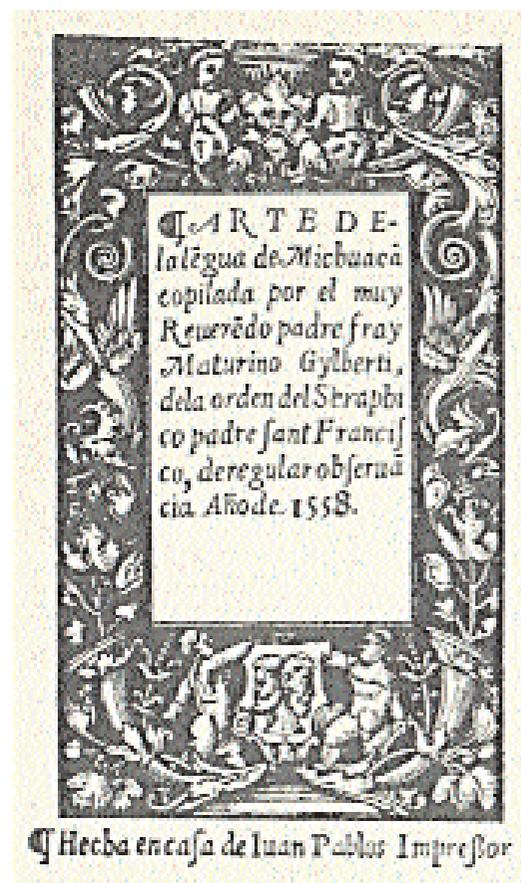
Con base en las crónicas coloniales y otros testimonios, se ha podido determinar que en el momento de la conquista se hablaban alrededor de 100 lenguas autóctonas tan sólo en el territorio que sería la Nueva España. La actitud manifestada por los españoles ante esta realidad mostró dos tendencias principales: una, la de los conquistadores y colonizadores europeos, de marcada indiferencia, pues en realidad lo que más les interesaba era la imposición de su propio idioma (el castellano o español); otra, la de los misioneros, quienes tal vez apoyándose en las recomendaciones del apóstol san Pablo (“hablaréis lenguas nuevas”), se comprometieron a evangelizar a los gentiles en sus propios idiomas. Pronto esos religiosos se revelaron expertos conocedores de los idiomas aborígenes, y muchos de ellos elaboraron tratados gramaticales (llamados entonces “artes”) y diccionarios o “vocabularios”, como también se les llamaba. Cabe señalar que no emprendieron esta actividad por el simple ejercicio intelectual, sino para tener bases que facilitaran y aceleraran la evangelización y la aculturación de los nativos. La actuación de los misioneros en este sentido favoreció mucho la conservación, si no de todas, por lo menos de una buena cantidad de las lenguas indígenas del país, y durante los tres siglos de la colonia ellos fueron casi los únicos que se ocuparon de estudiarlas.

En el transcurso de los siglos XVI al XVIII se redactaron en la Nueva España más de un centenar de obras de carácter lingüístico (cartillas, gramáticas, vocabularios) sobre el náhuatl o mexicano, zapoteco, mixteco, otomí, tarasco o purépecha, maya, huasteco, matlatzinca, mazahua, cahíta (yaqui-mayo), tzeltal, ópata, mixe, popoloca, pame, eudeve, cora y totonaco, entre otras. Muchos religiosos, guiados por el deber de cumplir con la misión de evangelizar, pero también con facultades e inclinaciones humanísticas, se encargaron de despejar un campo hasta entonces virgen, en el que exhibieron su talento de lingüistas precursores: Andrés de Olmos, Alonso de Molina, Maturino Gilberti, Juan de Córdoba, Pedro de Cárceres, Antonio de los Reyes, Antonio del Rincón, Juan de la Cruz, Horacio Carochi, Agustín de Vetancurt, Tomás Basilio, Carlos de Tapia Zenteno, Diego Basalencque, José Agustín de Aldama y Guevara y Luis de Neve y Molina, entre muchos otros, algunos de los cuales prefirieron el discreto anonimato.

Ahora bien, ¿cuáles fueron los principios teóricos y metodológicos que permitieron a los misioneros el acercamiento a lenguas tan distintas a las que estaban acostumbrados, y que nunca antes habían sido sometidas a esquema gramatical alguno? En su gran mayoría los religiosos estaban familiarizados con las obras de los gramáticos latinos (Quintiliano, Donato, Prisciano, Alejandro de Villadei, etcétera), pero sobre todo con las de Antonio de Nebrija, en particular sus *Introductiones latinae*, método para enseñar el latín de manera eficaz, y, probablemente también, con su *Gramática castellana*, primer tratado descriptivo-normativo de una lengua no clásica. También es posible que hayan seguido los modelos de descripción propuestos por fray Maturino Gilberti (*Grammatica Maturini*, México, 1559) y del padre Manuel Álvarez, S. J. (*De Institutione Grammatica Libri Tres*, México, 1594-1595). Fueron éstos, seguramente, los modelos que orientaron el análisis de las lenguas indígenas, pero sin sujetarse a ellos de una manera inflexible, como no ha faltado quien lo asegure. Así, por ejemplo, en la primera gramática del náhuatl o mexicano que conocemos, el *Arte para aprender la lengua mexicana* (se concluyó en 1547, circuló ampliamente en forma manuscrita, y su primera edición se hizo en París en 1875), fray Andrés de Olmos, su autor, comienza diciendo: “En esta lengua se hallan todas las partes de la oración, como en la latina...”, pero enseguida advierte:

En el arte de la lengua latina creo que la mejor manera y orden que se ha tenido es la que Antonio de Lebrixa sigue en la suya; pero porque en esta lengua no cuadrara la orden que él lleva por faltar muchas cosas de las cuales en el arte de gramática se haze gran caudal como son declina-

En el transcurso de los siglos XVI al XVIII se redactaron en la Nueva España más de un centenar de obras de carácter lingüístico

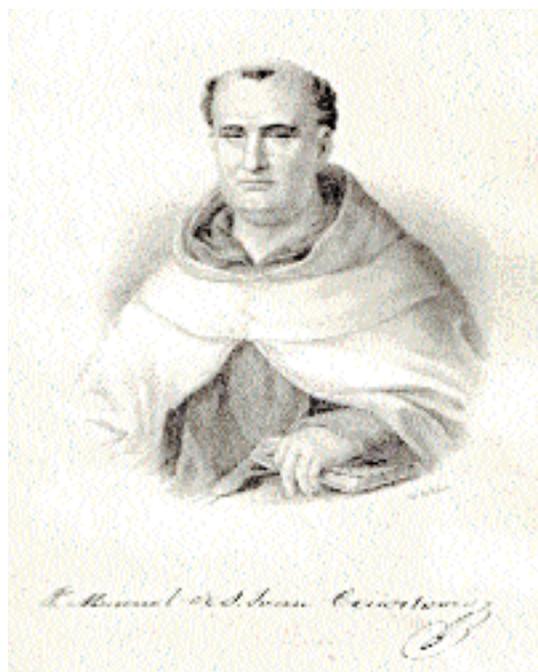


Portada de *Arte de la lengua michoacana*, de fray Maturino Gilberti, 1558.

ciones, supinos y las especies de los verbos para notar diuersidad dellos, y lo que en el quinto libro se trata de acentos y otras materias que en esta lengua no se tocan, por tanto no será reprehensible si en todo no siguiere la orden del arte de Antonio.

Advertencias como ésta se encuentran en muchos de los trabajos de esta índole que se hicieron en la época colonial. Muchos de estos prelingüistas (como suele llamárseles) llegaron a redefinir ciertos conceptos gramaticales con el fin de precisar la realidad estructural de cada idioma. Por ejemplo, en 1753 el padre Carlos de Tapia Zenteno, en su *Arte novissima*

“Nombre es una de las diez partes de la oración que se declina por casos, sin tiempo”



Fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera (1803-1853).

de la lengua mexicana, al referirse a una de las definiciones hechas por Nebrija (*Nombre es una de las diez partes de la oración que se declina por casos, sin tiempo, Gram. cast., lib. III, cap. II*), dice con cierta ironía:

Si nombre es el que se declina por casos, y no significa tiempo, podemos decir que en este idioma [el mexicano o náhuatl] no hay nombre, porque ninguno se declina por casos, pues todos son indeclinables. Pero confesando, que aquella es descripción gramatical del nombre latino, y no filosófica definición de su esencia, diremos con Beyerlink y Nonio que nombre es: *Vox ex instituto significans, omnis expers temporis*, o lo describiremos con Festo: *Quasi novimen; nam per id, quo quidquid nominamus agnoscitur*. Y así, nombre es aquella voz con que conocemos las cosas: y que tenga casos, o no los tenga, es atributo, o accidente (como dice sabiamente el P. Manuel Álvarez en su Gramática) que no le pone ni le quita cosa a su naturaleza (*Arte novísima, “Del nombre”, cap. III*).

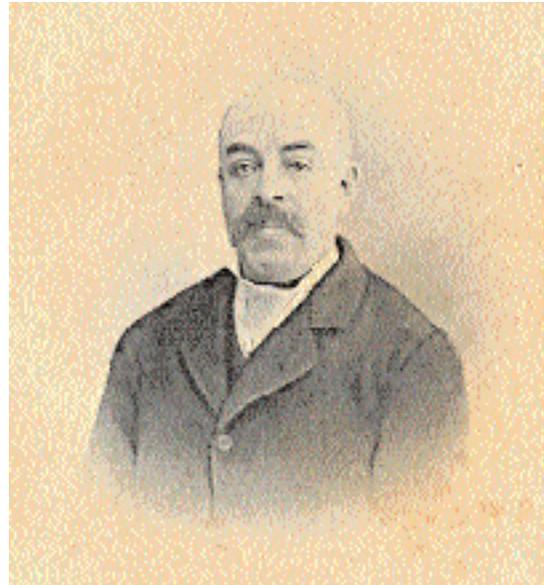
Hacia finales de la Colonia se observa cierta disminución en la producción de obras de carácter lingüístico, acaso debido al avance de la evangelización y de la castellanización de los indios, así como a la acumulación de materiales de que ya se disponía. La expulsión de los jesuitas en el año 1767 y el posterior estallido de las luchas de independencia posiblemente influyeron también en esa merma. Sin embargo, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, aparecieron los primeros brotes de un interés científico por el estudio de las lenguas indígenas. Esta nueva corriente la inauguró el jesuita español Lorenzo Hervás, quien durante su exilio en Italia redactó y publicó en 1784 su voluminoso *Catalogo delle lingue conosciute e notizia della loro diversità*, cuya primera edición en español se publicó en Madrid entre 1800 y 1805 con el título de *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeración, división y clases de éstas según la diversidad de sus idiomas y dialectos*. En el capítulo VI del volumen primero de esta obra, el autor hizo la primera clasificación de las lenguas de México, basándose en los datos que obtuvo de los padres jesuitas que habían trabajado en la Nueva España. Casi un siglo más tarde, el abogado e historiador mexicano Manuel Orozco y Berra (1816-1881) revisó, corrigió y amplió ese sector del *Catálogo* en su obra *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*, publicada en 1864. En 1845 se publica en México el primer trabajo que podemos considerar de carácter científico, la *Disertación sobre la lengua othomí*, del padre Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera (1803-1853). Se trata de un estudio comparativo entre el otomí y el chino hecho con la idea de demostrar el parentesco entre ambos idiomas.

A mediados del siglo XIX varios eruditos europeos se interesaron por el estudio de las lenguas indígenas de México. El sabio alemán Guillermo de Humboldt, basado en los datos que le

proporcionó su hermano Alejandro, se sirvió de ejemplos tomados de algunas de estas lenguas para fundamentar sus razonamientos teóricos, e incluso escribió un tratado gramatical del náhuatl que aún permanece inédito. El francés Henri de Tenaux-Compans publicó en Francia un *Vocabulaire des principales langues du Mexique* (1841); Charles Etienne Brasseur de Bourbourg, *Vocablos de la lengua huave... comparados con los equivalentes en las principales lenguas de América del Sur y en las lenguas vecinas de Oaxaca y Chiapas* (1859); y, por su parte, el conde Hyacinthe de Charencey publicó, entre muchos otros trabajos sobre lenguas indígenas de México, *Melanges sur différents idiomes de la Nouvelle Espagne* (1876). En la segunda mitad de dicho siglo, varios distinguidos hombres de ciencia mexicanos se dedicaron a reunir, analizar, describir y clasificar materiales dispersos, de acuerdo con los principios de la ciencia lingüística del momento. Se distinguieron en esas labores, además del ya citado Orozco y Berra, Antonio Peñafiel (1839-1922), quien reeditó y comentó antiguos trabajos sobre estas lenguas; Francisco Pimentel (1832-1893), autor de una de las primeras síntesis clasificatorias, el *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México o Tratado de Filología Mexicana* (1862-1865); Francisco Belmar (1859-1915), el lingüista mexicano más completo de su tiempo, autodidacta, estudioso de las lenguas hasta entonces poco o mal conocidas (mazateco, chontal de Oaxaca, huave, trique, chocho, amuzgo) de su natal Oaxaca, quien, aparte de muchos otros trabajos, dejó inconclusa una obra de la cual sólo se conocen los fragmentos publicados en 1921 con el título de *Glotología indígena mexicana. Estudio comparativo y clasificación de las lenguas indígenas de México* (edición privada de pocos ejemplares); Nicolás León (1859-1929), editor de gramáticas y vocabularios indígenas raros o desconocidos y autor, entre muchos otros trabajos, de una *Bibliografía mexicana del siglo XVIII* (7 volúmenes, 1903-1909) y de *Familias lingüísticas de México...* (1901); y Cecilio A. Robelo (1839-1916), destacado nahuatlato que dio a las prensas los resultados de sus numerosas investigaciones filológicas y lingüísticas.

PRÁCTICA ACTUAL: ASPECTOS DOCENTES, DE INVESTIGACIÓN, DE DIFUSIÓN Y APLICADOS

Los estudios lingüísticos emprendidos en las postrimerías del siglo XIX se incrementaron notablemente en las primeras décadas del XX, en especial por los investigadores extranjeros que convirtieron al país en un gran laboratorio de lenguas donde se ensayaban los más diversos enfoques teóricos y metodológicos. La



Francisco Pimentel, 1832-1893. Archivo Pimentel.

En especial los
investigadores extranjeros
convirtieron al país
en un gran laboratorio
de lenguas

gran mayoría de ellos buscaba esclarecer cuestiones pendientes, o cuya solución era parcial o insatisfactoria. Así, por ejemplo, se volvieron a plantear los problemas de la agrupación de las lenguas, de sus interrelaciones, de su antigüedad en determinadas regiones, y de sus posibles relaciones con otras dentro y fuera del continente. En esta labor intervinieron muchos de los más destacados lingüistas, antropólogos e historiadores de la época, tanto nacionales cuanto extranjeros: Franz Boas, Alfred



Francisco Belmar, 1859-1915. Archivo Belmar.

A partir de la época cardenista (1934-1940), se ha intentado aplicar la investigación lingüística a programas de alfabetización y de educación bilingüe y bicultural

Louis Kroeber, Edward Sapir, Eduard Seler, Walter Lehmann, Carl O. Sauer, Benjamin L. Whorf, Manuel Gamio, José Othón de Mendizábal, Mariano Silva y Aceves, Wigberto Jiménez Moreno, Mauricio Swadesh, Norman A. McQuown, Kenneth L. Pike, entre muchos otros. Las experiencias de todos ellos no tardaron en aprovecharse para formar investigadores en los campos de la antropología y la lingüística. Así, en 1911 se creó la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas (antecedente de la actual Escuela Nacional de Antropología e Historia); en 1933, don Mariano Silva y Aceves (1887-1937) fundó en la Universidad Nacional el Instituto de Investigaciones Lingüísticas; en 1936 Willian Cameron Townsend (1896-1982) logró establecer en México, a instancias del presidente Cárdenas, el Instituto Lingüístico de Verano (ILV); hacia 1940 se creó la carrera de Lingüística en el Departamento de Antropología de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional (IPN), y en 1942, ese mismo departamento se convirtió en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), dependiente del Instituto Nacional de Antropología e Historia (creado en 1939). De esta Escuela han egresado la gran mayoría de los lingüistas que en tiempos recientes se han dedicado a estudiar las lenguas indígenas de México: Moisés Romero, Evangelina Arana (†1987), Leonardo Manrique, Roberto Escalante (†2000), Roberto D. Bruce (†1997), Juan José Rendón, Otto Schumann, Antonio García de León, Benjamín Pérez, Ignacio Guzmán, Ángela Ochoa, Eréndira Nansen, Cristina Monzón, Leopoldo Valiñas, Gabriela Coronado, Susana Cuevas, Martha C. Muntzel, Ma. del Carmen Herrera y José Luis Moctezuma, entre muchos otros.

El interés que ha orientado a la lingüística antropológica no ha sido sólo el estrictamente científico, sino también el de resolver en la práctica problemas de política y planeación culturales. A partir de la época cardenista (1934-1940), se ha intentado aplicar la investigación lingüística a programas de alfabetización y de educación bilingüe y bicultural, y más generalmente a los proyectos de incorporación de los indígenas en los planes de desarrollo nacional.

Para finales del siglo XX son varias las instituciones mexicanas con programas de docencia e investigación sobre lenguas indígenas. El enfoque antropológico sigue predominando en los planes de estudio de la carrera de Lingüística de la ENAH, y es también la orientación principal de la gran mayoría de las investigaciones que se realizan en la Dirección de Lingüística del INAH (dependencia creada en 1969), en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, en el Instituto Nacional

Indigenista (INI), en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS, con varias filiales en la República), al igual que en varias universidades y centros de investigación tanto de la capital como de provincia (Guadalajara, Hermosillo, Jalapa, Mérida, Morelia, Oaxaca, etcétera). El principal interés en el ejercicio de esta disciplina se centra en el rescate de las lenguas en mayor peligro de extinción a través de su registro documental, en el diseño y puesta en práctica de programas dialectológicos, y en la elaboración de métodos de lecto-escritura más eficaces para la alfabetización en estas lenguas. Por otra parte, cabe añadir que en últimas fechas se ha dado gran impulso al estudio y cultivo de las literaturas y narrativas tradicionales de los pueblos indígenas, al grado de que incluso se han constituido asociaciones destinadas a agrupar a los estudiosos y cultivadores de estos géneros y fomentar así el aprecio por esta producción. Indudablemente el aporte principal con que México ha contribuido a la lingüística en general –sin menospreciar las contribuciones de las demás orientaciones– se ha producido en el campo de la lingüística antropológica. Hay que reconocer que el rápido avance que ha experimentado esta disciplina se ha debido en gran parte al hecho de que los datos de las lenguas indígenas han sido fundamentales para probar la validez y eficacia de los múltiples enfoques, teorías y métodos que a ellas se han aplicado e intereses extralingüísticos que se han perseguido. En conclusión, podemos afirmar que quienes desde hace mucho tiempo han fijado y continúan fijando su atención en estos idiomas han enseñado reiteradamente que cada lengua, por minoritaria que sea y por apartada que se halle, es un ejemplo único, valioso e irrepetible del lenguaje humano.

Bibliografía

- Barriga Villanueva, Rebeca y Claudia Parodi, (1998), *La investigación lingüística en México. 1980-1996*, México, El Colegio de México/Universidad de California, Los Ángeles.
- Collado, Jesús-Antonio, (1978), *Fundamentos de lingüística general*, Madrid, Editorial Gredos.
- Coseriu, Eugenio, (1981), *Lecciones de lingüística general*, Madrid, Editorial Gredos.
- Foley, William A., (1998), *Anthropological Linguistics. An Introduction*, Oxford, Blackwell.
- Garza Cuarón, Beatriz, (1990), “Los estudios lingüísticos en México”, en Violeta Demonte y Beatriz Garza Cuarón (eds.), *Estudios de Lingüística de España y México*, México, UNAM/El Colegio de México, pp. 35-80.
- Hernández de León-Portilla, Ascensión, (1996), “El despertar de la lingüística y la filología mesoamericanas: Gramáticas, diccionarios y li-

- bros religiosos del siglo XVI”, en Beatriz Garza Cuarón y Georges Baudot (coords.), *Historia de la literatura mexicana*, vol. 1, México, Siglo XXI Editores/UNAM, pp. 351-387.
- Guzmán Betancourt, (2001), Ignacio, “La investigación lingüística en México durante el siglo XVII”, en *Dimensión Antropológica*, año 8, vol. 21, México, INAH, pp. 33-70.
- Hockett, Charles F., (1971), *Curso de lingüística moderna*, trad. de Emma Gregores y Jorge A. Suárez, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Manrique Castañeda, Leonardo (coord.), (1988), *Atlas cultural de México: Lingüística*, México, SEP/INAH/Planeta.
- Olmos, Fr. Andrés de, (1885), *Arte para aprender la lengua mexicana (1547)*, México, Imprenta de Ignacio Escalante, p. 9. (En 1993 el Instituto de Cooperación Iberoamericana de España patrocinó una edición facsimilar con amplio estudio introductorio de Ascensión y Miguel León-Portilla.)
- Parodi, Claudia, (1981), *La investigación lingüística en México (1970-1980)*, México, UNAM.
- Pei, Mario, (1970), *Invitación a la lingüística. Fundamentos de la ciencia del lenguaje*, trad. de Félix Blanco, México, Diana.

Ignacio Guzmán Betancourt es maestro en antropología, especializado en lingüística, por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y doctor en lingüística y filología románicas por la Universidad de Estrasburgo, Francia. Es profesor-investigador de la Dirección de Lingüística del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Desde 1980 trabaja en el proyecto “Historia de las ideas lingüísticas en México”. Entre sus principales publicaciones se cuentan *Gramática del náhuatl de Santa Catarina, Morelos, De toponimia y topónimos, Estudios de filología y lingüística náhuatl y Los nombres de México*. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores y miembro fundador y actual presidente de la Sociedad Mexicana de Historiografía Lingüística.